

HARVARD Y LA INQUIETUD CULTURAL EN LA AMERICA COLONIAL

Honesto Herrera Soler

“. . . to secede into a wilderness, they knew not where, and suffer in that wilderness they knew not what”.¹

Con estas palabras Cotton Mather recoge en su *Magnalia Christi Americana* el clima de incertidumbre y riesgo que supone partir para el Nuevo Mundo a comienzos del siglo XVII. El viaje a lo desconocido puede rayar, a veces, los límites de lo heroico, especialmente cuando se ignora el “dónde” y “qué es lo que hay” tras esa barrera de misterio. En el caso de los primeros colonos el carácter épico que pudiera llevar consigo su aventura queda relegado a un segundo plano si se lee el contexto social que acompaña a las palabras de Cotton Mather. A lo largo de la obra de este autor se capta el espíritu de estos aventureros que en ningún momento se sienten “víctimas propiciatorias” sino más bien “enviados de Dios”. El carisma de “elegidos” del que tienen conciencia no les lleva a fanatismos misioneros, pero sí que condicionará su comportamiento ético desde el primer momento que llegan a la “tierra prometida”, tierra soñada para algunos de estos emigrantes, realidad muy distinta para otros, entre los que cabe subrayar: los marginados, los que sufren pobreza y miseria y los que no se sienten liberados por idealismos religiosos o políticos². Una y otra interpretación se reflejan en las

1 pp. 219, *Magnalia Christi Americana*, C. Mather, Hartford, Conn. 1853.

2 *The Cultural Life of American Colonies*, L.B. Wright, N.Y., Harper and Row Publishers 1957. *Nature in American Literature*, N. Foerster, N.Y., Rusell and Rusell, 1950: “For a long time the distinction of the New World, was simply nature; to the first settlers that was an uncomfortable fact rather than a stimulation to the artistic imagination calling for action and not for art, the axe and the plow and not the pen and the brush”. Tanto la perspectiva que presenta Wright como la que presenta Foerster aparecen en “The American Myth: Paradise to the regained” de Frederick Carpenter, PMLA, LXXIV, Dec., 59, pp. 599-606. Finalmente conviene tener en cuenta: *Virgin Land*, de

distintas manifestaciones literarias del momento, así mientras en *The Cultural Life of American Colonies* de Luis B. Wright se encuentran en mayor número referencias a la propaganda que habla de “ríos de leche y miel”, en *Nature In American Literature* de Norman Foerster, sin embargo, los planteamientos son distintos a los de Wright; Foerster subraya de una manera especial aquellos contextos que hablan de la incomodidad que ofrece el entorno vegetal, virgen, pero agreste y salvaje, a los primeros colonos.

No obstante, a pesar de la incertidumbre del “dónde” y de la lucha por la subsistencia de los primeros momentos, se observa que, si bien la religión y la política son móviles de la emigración, es la inquietud cultural lo que realmente define la vida de los primeros colonos en tierras americanas, como se desprende de la reacción que este comentario de Robert Ryece:

“. . . How hard will it be for one brought up among books and learned men to live in a barbarous place where is no learning and less civility”³.

provoca en su amigo John Winthrop, quien lejos de considerarlo motivo de desaliento y desánimo lo considera un estímulo para llevar adelante su empresa. J. Winthrop, consciente de las dificultades que va a encontrar, hará que la bandera de la “Holy Commonwealth” ondee en lo alto del “Arbella” y que en las bodegas del barco se mezclen los libros con las semillas y demás productos que constituyen los primeros recursos de subsistencia.

Tanto los “padres peregrinos” como los “puritanos” huyen de Europa por presuntas implicaciones políticas y religiosas, pero lo mismo unos que otros son conscientes de que el carácter vanguardista que quieren dar a sus respectivas ideologías no se puede conseguir sin un fomento de la cultura. La cultura, por tanto, pasa a ser considerada como “conditio sine qua non” para llegar a Dios, de ahí que en los primeros momentos de la fundación de la Colonia la cultura esté estrechamente ligada a la religión. La idea de considerar a la “cultura como medio para llegar a Dios” la comenta Samuel E. Morison en dos ocasiones. Si en *The Puritan Pronaos* la educación aparece como antídoto de la pereza y apatía y, por tanto, del pecado, en *Builders of the Bay Colony* considera la educación como punto de partida para el desarrollo de la piedad, virtud que a su vez potencia y fomenta la psicosis que todo buen puritano tiene de triunfar, de prosperar aquí en la tierra⁴. Las posibles connotaciones materialistas de esta filosofía que-

H.N. Smith; *And End to Innocence* de L.A. Fiedler; y de *Cycle of American Literature* de R. E. Spiller.

3 *Winthrop Papers*, Winthrop, II, 106.

4 *The Puritan Pronaos*, S.E. Morison, N.Y., University Press, 1956: “The Puritans’ insistence upon education was the fear that ignorance would beget idleness, and idleness which was the waste of God’s precious time was one of the worst of sins”. pp. 63. *Builders of the Bay Colony*, S.E. Morison, Boston, Houghton and Mifflin Co., 1958: “The puritans were convinced that education increased pity and pity bred industry”, a desirable end in itself”, pp. 169.

HARVARD Y LA INQUIETUD CULTURAL

dan desvirtuadas, al interpretar “los hombres de púlpito” esta ideología de triunfo y prosperidad a la luz de la parábola de los talentos, idea muy en boga en los primeros tiempos de la emigración que llega incluso a leerse, según algunos críticos en los sonetos de Shakespeare⁵. En consecuencia el binomio religión-cultura va a estar presente en la mente de los líderes de esa sociedad teocrática desde que llegan al Nuevo Mundo. Perry Miller en *New England Mind* refleja esta conciencia haciendo alusión al homenaje que dos grandes figuras del puritanismo, Thomas Shepard e Increase Mather, tributan a sus antepasados por haber fundado Harvard y por mostrar por la literatura un interés similar al de la religión⁶. En *The Puritans* estudia más detenidamente ambos conceptos y la controversia a que dan lugar en algunos momentos de la historia de la época colonial, como es el caso de Roger Williams acusado por John Cotton de conciencia errónea, ciega y desviada, en lugar de tratar el conflicto originado por su actitud disidente en el plano ideológico y de la razón⁷; o como es el caso de Anne Hutchinson en el que la controversia entre religión y cultura se acentúa mucho más al juzgarla los tribunales de la Colonia de esta manera:

“Anne Hutchinson’s teaching not only implied religious and social anarchy but were identified with a kind of popular anti-intellectualism”⁸.

Este clima de polémica, lo mismo que el ansia de cultura que traen los primeros emigrantes, exige la creación de un centro en el que se desarrolle esa dimensión intelectual del ser humano que por un parte refleje y por otra haga progresar la civilización de la que partieron. Este centro, esta casa de cultura, se va a ubicar en Massachusetts Bay y se va a llamar Harvard. En esta institución cultural se van a comprometer de una u otra manera los distintos estamentos sociales de la Colonia; en ella se puede hablar de una participación colectiva lo mismo en lo que se refiere a su creación que a su funcionamiento.

Conciencia de cultura

Apenas han transcurrido seis años desde que el Arbella llegara a tierras ame-

- 5 “Introduction to the *Sonnets*” by Hallet Smith in *The Riverside Shakespeare*, ed. Blakemore Evans, Houghton Mifflin Company, Boston, 1974.
- 6 *New England Mind, Seventeenth Century*, P. Miller, Cambridge, Harvard Uni. Press, 1963. pp. 63.
- 7 *The Puritans*, P. Miller, pp. 218.: “It was legitimate to proceed against the heretic; for after all, in fundamental points the word of God was so clear that the heretic could not help but be convinced of the error of his ways after one or two admonitions, and hence any further persistence on his part was not really out of conscience. Thus it was never for true conscience but only for sinning against his conscience that a man was persecuted”.
- 8 *The Founding of Harvard College*, S. E. Morison, Cambridge, Harvard University Press, 1935, pp. 175-176.

HONESTO HERRERA SOLER

ricanas cuando, según los cronistas, se tiene noticia del legado testamentario de Mr. Harvard en favor de la cultura:

“After God had carried us safe to New England, and we had builded our houses, provided necessaries for our livelihood, reared convenient places for God’s worship, and settled the civil government, one of the next things we longed for and looked after was to advance learning and perpetuate to posterity, dreading to leave an illiterate ministry to the churches when our present ministers shall lie in the dust. And as we were thinking and consulting how to effect this great work, it pleased God to stir up the heart of one Mr. Harvard (a godly gentleman and a lover of learning, there living amongst us) to give the one half of his estate (it being in all about £ 1700) towards the erecting of a college and all his library”⁹.

Una crónica de este tipo es de suma importancia para conocer los móviles, los centros de interés de la vida de algunos de los primeros colonos. Tienen conciencia de ser los “escogidos” para esa tierra prometida americana y de recibir protección y cobijo directamente de Dios. La acción de gracias por parte del pueblo “elegido” no se hace esperar, y a la construcción de Iglesias seguirá la búsqueda de una solución idónea para satisfacer la necesidad de educación que tiene todo el pueblo y de una manera especial los que se van a dedicar al ministerio de la palabra o a la enseñanza. Los niveles son distintos, pero por un momento se puede llegar a pensar en posibles paralelismos entre esta crónica y el argumento de una novela de “happy end”. Aquí el final feliz llega con la mano de Dios que toca el corazón del rico complementando de esta manera el ciclo de actuación de la providencia divina.

Si bien el primer móvil de la creación de Harvard es un legado testamentario, hay que tener en cuenta también la inquietud intelectual que se respira entre los peregrinos, así como el ansia por mantener y elevar el nivel cultural heredado, elementos todos que nos dan pie para considerar Harvard fruto de un esfuerzo colectivo en el que participa la Colonia. En la fundación de Harvard no se puede pasar por alto el papel que juega el “General Court” de los primeros momentos; su función político-social abarca los problemas culturales, y así en el orden del día del 28 de Octubre de 1636 se habla de los presupuestos para la construcción de un colegio:

“Accordingly, on October 28, 1636, the general court of Mass, agreed to give four hundred pounds toward a school or college, whereof two hundred pounds to be paid next year, and two hundred pounds when

9 Esta crónica anónima, que aparece en *New England First Fruits*, es motivo de estudio para Morison en *Foundign of Harvard College*, pp. 432; para N. Shurtleff en *Records of the Governor and Company of the Massachusetts Bay in New England*, pp. 183, vol. I; y para N. Hale en *New England Discovery*, pp. 37-41.

HARVARD Y LA INQUIETUD CULTURAL

the work is finished”¹⁰.

La decisión del “General Court” puede considerarse como la base de una de las mayores aportaciones que las colonias del ayer hacen a la América del hoy. Los efectos de esa decisión del consejo tanto en el terreno ideológico como en el científico tienen alcances y proyección universal. Hofstadter y Metzger en *The Development of Academic Freedom in the U.S.A.* confirman esta idea, cuando en un tono irónico comentan que los fundadores de Harvard, la esencia misma del puritanismo, ignoraron la significación y alcance que iba a tener el liberalismo de esta institución en la cultura americana¹¹. Otras efemérides que cabe subrayar a niveles de “General Court” son las referentes a la ubicación y nombre del colegio. Morison, en las obras anteriormente señaladas, dice que la elección del lugar viene condicionada por imperativos religiosos y apunta el hecho de que en aquellos días había en Newetowne un eminente predicador y maestro llamado Thomas Shepard, hombre de gran autoridad e influencia entre la juventud, y lo que es más importante: había conseguido mantener a “*Newetowne spotless from the contagion of the opinions*” que tanto habían afectado a Boston; razones todas ellas sin duda convincentes para los dirigentes de una comunidad puritana que pretende estar en la vanguardia del protestantismo. El “College” que están poniendo en funcionamiento va a ser cuna de los primeros “crisóstomos americanos”, de los estadistas de la Constitución y de gran parte de sus ideólogos, la sociedad americana va a tener conciencia de la importancia y significado de Harvard y va a saber justificar y valorar esos sufijos “errimus” e “issimus” que se leen en algunos “memorial parks” junto al nombre de Harvard.

Si el “General Court” tiene su importancia en la fundación de Harvard, también la tienen los distintos estamentos sociales de la Colonia:

“Harvard College was the heart of Cambridge. Seven generations before, every New England household had given the College twelve pence, or a peck of corn, or its value in unadultered wampum peag. But those were the good days when the Orthodox faith reigned in every mind”¹².

Bien es verdad que todas estas aportaciones no liberan a Harvard, como institución cultural que es, de su penuria económica. En contextos posteriores Brooks se hace eco de quienes recurren al prestigio que da trabajar en Harvard tratando de compensar las escasas retribuciones económicas de que son acreedores sus profesores. Hofstadter lo mismo que Cremin estudian las repetidas quejas de los presidentes en la época colonial por el problema que plantea la sustitución de los tutores, quienes tan pronto como consiguen una “vicaría”, rescinden su

10 *American Education, the Colonial Experience*, L.A. Cremin, N.Y., Harper and Row Publishers, 1970, pp. 210.

11 *The Development of American Freedom in the United States*, Hofstadter and Metzger, N.Y., Columbia Uni. Press, 1965.

12 *The Flowering of New England*, N.Y., E. P. Dutton and Co., 1952, pp. 33.

contrato. La crisis económica del centro se acentúa cuando cambia la ideología que inspiró su creación. Harvard tendrá que esperar hasta bien entrado el s. XIX a la aparición de esas familias patricias que comienzan a resolver sus problemas financieros¹³.

Participacion

“... fitter to have been an officer in the Inquisition, or master of a house of correction, than an instructor of Christian youth”¹⁴.

Estas palabras de un estudiante de Harvard dejan en entredicho el éxito de los problemas educativos de Nathaniel Eton, primer responsable del “College”. El clima y la tensión que crea en la conducta de este primer “profesor-director” dan lugar a decisiones drásticas, propias de cualquiera de las universidades vanguardistas de nuestros días. Si la docencia de Eton comenzaba en el verano de 1638, terminaba el 9 de septiembre de 1639. El Colegio permanecería cerrado hasta el 27 de Agosto del año siguiente, fecha en la que Henry Dunster como presidente se hacía cargo de dicha institución cultural. Estas medidas, lo mismo que la formación del “board of overseers” como patronato del “College”, dice S.E. Morison en *The Founding of Harvard College*, son producto del nivel cultural que los primeros intelectuales emigrados consiguen dar a la Colonia¹⁵; y aquí

- 13 V.W. Brooks en la obra anteriormente citada habla de la fundación de la “Boylston chair”, cátedra famosa por las personas que la han ocupado. Es en la segunda mitad del s. XIX cuando aparecen los grandes mecenas, las grandes fundaciones; de ella S. E. Morison da noticia en *The Contemporary University U.S.A.*, pp., 78-79, cuando escribe que: James Smithson left half a million dollars in 1829 for the increase and diffusion of knowledge among men”. E.V. en *Philanthropic Foundations and Higher Education*, considera que la donación de Smithson marca el comienzo de una nueva era de fundaciones universitarias.
- 14 *A General History of New England, from the Discovery to MDCLXXX*, Hubbard, Boston, W.F. Harris, 1848, pp. 247.
- 15 *The Founding of Harvard College*, S.E. Morison, pp. 82: “There was an extraordinary number of university educated men among the first generation of Puritans, Before 1646 about a hundred Cambridge men and about one third that number from Oxford emigrated to New England, so that the community in which they settled had one university-trained scholar for forty or fifty families; from these men, says professor Morison, were recruited the founders and first governors of Harvard students”. En *The Cultural Life of American Colonies*, L.B. Wright, pp. 77, citando a Allen French, *Charles I and the Puritans Upheavel a Study of the Causes of the Great Migration*, pp. 15 leemos: “Between 1629-1642 approximately 20,000 English settlers came to New England and most of them settled in Bay Colony”. En la obra citada anteriormente de Hofstadter y Metzger leemos también el “curriculum” de los primeros presidentes de Harvard: Henry Dunster había abandonado Inglaterra por su condición de “no-conformista”; Charles Chauncy había estado en dos ocasiones en prisión por oponerse a las leyes de Laud. Increase Mather primer americano, era hijo de Richard Mather que había sido suspendido de su ministerio en Lancashire.

HARVARD Y LA INQUIETUD CULTURAL

no hay que olvidar que la emigración que llega a Nueva Inglaterra, además de casos de personas proscritas y oprimidas por la miseria, es en su mayoría una emigración motivada por problemas de índole religiosa, ya que el radicalismo con que se plantean los distintos credos religiosos en Europa alcanza lo mismo al rico que al pobre, al obrero que al intelectual, como se deduce del “curriculum” de los primeros presidentes de Harvard. La decisión de clausurar el Colegio lo mismo que la creación del “board of overseers” manifiestan la madurez intelectual de la Colonia y la conciencia que tiene de la función y significado de la universidad, puesto que si se analiza la función del “board of overseers” se puede apreciar el aire progresista de participación, que se pretende dar a esta institución cultural¹⁶. La participación va más allá del control de funcionamiento. Harvard es una expresión de la ideología que se vive en la Colonia, de aquí que esté impregnada de puritanismo. Sus rectores se interesan no tanto en cuestiones científicas cuanto en dar la mayor solidez posible a sus principios ético-religiosos, cuyo decálogo vendría a contenerse también en dos: trabajo y rendimiento. Idea de la que participan no sólo los líderes puritanos, que llegaron a considerar como día perdido aquél en el que no trabajaban un mínimo de diez horas, sino también los mismos padres de los alumnos, como queda de manifiesto en estas palabras de uno de ellos:

“Abhor therefore one hour of idleness as you would be ashamed of one hour of drunkenness”¹⁷.

En la primera etapa de la colonización lo que realmente cuenta, son el trabajo y su rendimiento, los años de moral rígida y austera en Nueva Inglaterra en los que llega a asociarse la pereza con la pobreza como puede leerse en *Magnalia Christi Americana*:

“. . . beggars whom our Lord Jesus Christ himself hath expressly forbidden countenance”¹⁸

Este negar el pan a quien no trabaja, según Cotton Mather, llega también a ese estudiante a quien no le está permitido contemporizar ni con la pereza ni con el ocio.

Finalmente, tras esta aproximación a la inquietud cultural de la Nueva Inglaterra de la América Colonial cabe preguntarse, cuando se habla de Harvard, si se está ante un “College” o ante un “Centro teológico”. La respuesta a esta pregunta, aparte de la importancia que los distintos “syllabus” han tenido en su corta

16 Recerdense el caso de Everett a su vuelta de Alemania, en un momento en el que ha comenzado en Nueva Inglaterra la “golden age”. No se resigna a estar marginado de los distintos movimientos culturales que se suceden en Boston, la Atenas de la Colonia, pero la actitud del “board of overseers” le hace cambiar de opinión. Vid. *Edward Everett: Orator and Statesman*, Frothingham, pp. 72-75.

17 “Letter of Thomas Shepard”, *Publications of the Colonial Society of Massachusetts*, XIV, 1911-13, pp. 191-198, by F.L. Gay.

18 *Magnalia Christi Americana*, C. Mather, I, 102.

historia, puesto que hay que recordar que en ocasiones ha predominado una orientación más religiosa que científica en los programas de acuerdo con la ideología de sus rectores, se puede encontrar en el análisis que Hofstadter y Morison hacen de la cultura en la época colonial; en estos estudios se llega a dar una visión aproximada de la identidad de ese centro en el que en la mente de sus fundadores la literatura acupaba el mismo lugar que la religión. Hofstadter estudia los archivos de la Universidad y llega a la conclusión de que el 52 por 100 de los graduados en el siglo XVII se dedicaron al “ministerio de la palabra”, porcentaje muy inferior a los de Cambridge y Oxford en la misma época¹⁹. La aportación de Morison en *Harvard College in the Seventeenth Century* va más lejos que la de Hofstadter llegando a descubrir el origen social de los alumnos y las profesiones a las que orientan sus estudios; mientras que en *Founding of Harvard College*, precisa un poquito más sobre la identidad de Harvard, al transcribir parte de un acta del “General Court”.

“In 1650, when the general court provided a charter for the College, the training of the ministers was not mentioned among the specified purposes: “the advancement of all good literature, artes and sciences” and “the education of the English and Indian Youth of this Country in knowledge and godliness”²⁰.

El carácter laico de Harvard, por tanto, no queda empañado por la orientación que se le pretende dar a la educación. El sello de “College” lo recibe Harvard con la presidencia de J. Leverett, y con él se inicia una etapa liberal que elimina progresivamente las secuelas conservadoras que las distintas generaciones de la familia Mather habían imprimido en Harvard. Con Leverett llegan aires nuevos para Harvard, con él se superan los moldes que los ideólogos de la “Holy Commonwealth” habían impuesto en el momento de la fundación de esta institución, quienes no daban cabida a la diversidad de opiniones y tendencias en la Colonia, sino que preferían la unidad de criterio aun a precio de cierto grado de corrupción. Con Leverett como hace constar N. Hale en *New England Discovery* se hace mayor incapié en el “syllabus”, en la necesidad de una buena base humanística tanto latina como griega para entrar en el Colegio, aunque persista el código puritano de comportamiento, en el que se subraya el “vigilate et orate” bíblico, se aconseja la huida de las malas compañías y se predica la fortaleza ante la adversidad. El carácter estóico de este código de comportamiento va a trascender

19 *The Founding of Harvard College*, S.E. Morison, pp. 247-8: “Harvard may actually be considered less ecclesiastical than Oxford or Cambridge, in the sense that a smaller proportion of her students became clergymen”. Morison en *Harvard College* especifica un poco más: “Not only did students pass from the college into a wide variety of occupations, but their social recruitment itself was fairly wide. The sons of ministers and magistrates loom very large at first, but shortly after the middle of the century there is a notable increase in the proportion of sons of artisans, tradesmen, and modest farmers. The college from an early date in its history was an agency of social mobility in a society that seems on the whole rather stratified” pp. 74.-75.

20 *The Founding of Harvard College*, S.E. Morison, 247.

HARVARD Y LA INQUIETUD CULTURAL

la época colonial y se va a leer tres siglos más tarde en contextos que no encajan precisamente en una ideología puritana y que Erich Segal lo traduce con estas palabras:

“It’s a distinctly Harvard thing to be able to turn any defeat into victory”²¹.

Si bien las tintas puritanas en el transcurso del tiempo han perdido progresivamente su color, también es verdad que el ansia de cultura, participación y empeño de los primeros puritanos, dieron vida a una realidad que hoy llamamos Harvard.

21 *Love Story*, Erich Segal, N. Y. Coronet Books, 1970, pp. 15.

